

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 18 de Abril

Núm. 14

Año XII. No. 534

SUMARIO

El niño..... Vsevolod Ivanov
El poema de las begonias..... F. Amighetti
Lectura y glosa de escritores venezolanos (y 2)..... Pedro Emilio Coll
A propósito del Congreso del Niño..... Juan del Camino
La casa abandonada..... Azorin
La rosa de los vientos..... L. E. Nieto Caballero
Al margen de los Persiflages que se refieren a gentes y casas de escuelas..... Carmen Lyra

Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua..... Victor Valdivia
Saludo a Costa Rica..... Vicente Lombardo Toledano
Langston Hughes, el poeta afro-estadunidense..... Rafael Lozano
Poemas..... Langston Hughes
La Academia Estadunidense de Artes y Letras..... Persiles
Nocturno..... Max Jiménez
Tablero (1931).....

El autor de este cuento, Vsevolod Ivanov, ya es conocido del público español por su novela El tren blindado num. 14-69, que forma un volumen de la Biblioteca de la Revista de Occidente. Hoy damos a nuestros lectores una nueva muestra de la literatura rusa actual con esta narración, que ocurre, como aquella novela, en las estepas siberianas; son sus personajes también restos de los ejércitos "rojos" o "blancos", que allí combatieron. (Nota de la R. de O.)

1.

La Mongolia es una fiera salvaje. Una fiera salvaje y triste. Allí la piedra es como la fiera, el agua como una fiera. Allí las mariposas mismas muerden.

No se sabe lo que el hombre mongólico tiene por corazón. Viste pieles de animal, y en su exterior se parece a los chinos. Habita lejos de los rusos, lo más lejos, pasado el desierto de Nor-Kor. Y todavía se cuenta que habría llegado, allende China y la India, a azules tierras ignotas. Junto a los rusos viven aquí kirguises; kirguises del Irtych, que por miedo a la guerra se han corrido a la Mongolia. A éstos sí se les conoce; sí tienen corazón. Un corazón de mica, transparente hasta el fondo, pero que no vale nada. Poco a poco han ido llegando, sin prisa, con el ganado, las mujeres y los niños por delante. Hasta los enfermos han traído con ellos. Pero los rusos—*mujiks* sanos y robustos—han sido acosados hasta aquí, sin compasión. En los montes de roca viva han abandonado todo lo que era inútil o débil. Los que no murieron por sí mismos, fueron rematados a golpes. Mujeres, hijos y ganados, su hacienda toda, abandonada, cayó en manos de los "blancos". Como lobos rabiosos en primavera, vivían los *mujiks* en sus carros y tiendas, añorando la estepa y el Irtych.

Era unos cincuenta; a su cabeza, Sergio Selivanov. La tropa se llamaba "Contingente de partidarios del ejército rojo del compañero Selivanov".

Se aburrían. Mientras huyeron por las montañas perseguidos por los "blancos", sentían angustia ante los gigantes peñascos oscuros, pero cuando llegaron a la estepa les pareció aburrido y yermo. La estepa es igual aquí que a orillas del Irtych: arena, hierba áspera, un cielo forjado, duro, todo hostil, inculto, salvaje. Pero todavía era peor por la falta de mujeres. Hablábase de ellas por la noche, contábanse crudos chistes de cuartel y cuando ya no

El niño

= De la Revista de Occidente, Setiembre, 1923, Madrid =



El poema de las begonias

manos de 80 años las cuidan
sin fatigarse de cariño

contra la ventana—
sus hojas transparentes
como un segundo vidrio hecho alma

hojas anémicas temerosas de sol
como las doncellas melancólicas
del tiempo de la colonia.

F. Amighetti

San José, Costa Rica, Abril, 1931.

podían resistir más, ensillaban los caballos y corrían por la estepa tras las mujeres de los kirguises. Y las mujeres de los kirguises se tumbaban de espalda, sumisas, en cuanto divisaban a los rusos. Inmóviles, con los ojos fuertemente cerrados, esperaban tendidas en el suelo; y era tan repugnante tomarlas así, como si se pecase con una bestia de ganado. Los kirguises temían a los *mujiks* y manteníanse muy lejos, en la estepa. Cuando divisaban a un ruso gritaban y blandían arcos, fusiles; pero no disparaban, tal vez porque no sabían.

2.

Afanasij Petrovich Trubatschow es el cajero de la partida. Lloriquea como un niño de teta, y también su cara es la de un niño: menuda, lampiña, sonrosada. Pero sus piernas son largas y fuertes como las de un camello. Para parecer terrible tiene que estar a caballo; una vez en la silla, su rostro se hunde y se hace grisáceo, perverso, espantable.

El día de Pascua, tres hombres salieron a la estepa en busca de buenos pastos: Selivanov, el cajero Afanasij Petrovich y Drevesinin. Las arenas humeaban bajo la lumbre solar. Del cielo descendían oleadas de viento candente; el suelo irradiaba también seco calor hacia la temblorosa bóveda celeste, y el cuerpo de animales y hombres era pesado y duro como piedra. Y Selivanov dijo con voz ronca:

—¡Qué buena era allí la hierba!

Y todos entendieron que hablaba del Irtych. Mudos quedan los rostros, como si el sol abrasara sus voces igual que a la hierba en la estepa. Rojos y estrechos, como rasgadas heridas de anzuelo, miran sus ojos. Entonces Afanasij Petrovich replicó, con voz plañidera:

—Pero también allí hay sequía.

Su voz lloraba, pero sus ojos no. Era a su caballo, fatigado, jadeante, al que se le arrasaban dolorosamente los grandes y secos ojos.

Uno tras otro cabalgaban así, por sendas de cabra, adelante, cada vez más dentro de la estepa. Tristemente ardían como ascuas las arenas; el encandecido viento, que olía a arena, se abatía en torno de los hombros y cabezas. El sudor ardía dentro del cuerpo, porque no podía atravesar la reseca piel.

A la tarde, cuando salían de una pequeña hondonada, Selivanov señaló al Oeste: